

ARTÍCULOS

LAS MARCAS DEL GENOCIDIO: LAS MUERTAS SIN FIN

THE MARKS OF GENOCIDE: THE ENDLESS DEAD

Martin De Mauro Rucovsky

Instituto de Humanidades (CONICET)

*Doctor en filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba, Becario posdoctoral CONICET. Investigador en el Área de Feminismos, género y sexualidades (FemGeS, CIFFyH, UNC). Es autor de *Cuerpos en escena. Materialidad y cuerpo sexuado en Judith Butler y Paul B. Preciado* (Egales, Madrid-Barcelona, 2016)*

Contacto: martinadriandemauro@gmail.com

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Roberto Bolaño
 "La parte de los
 crímenes"
 2666
 Precariedad como
 gubernamentalidad
 Femicidio

Un tipo de violencia sistemática y sostenida sobre los cuerpos feminizados pero también un hacer sobre los cuerpos, una técnica detallada y precisa en el acto de dar la muerte es lo que define un tipo de genocidio y una insistencia en el imaginario cultural latinoamericano reciente. En las páginas siguientes vamos a considerar "La parte de los crímenes" incluida en 2666 de Roberto Bolaño alrededor de la figura del feminicidio que se trama a partir de la vulnerabilidad y la exposición corporal selectiva: ¿qué es lo que define esa deriva genocida -vinculada a los modos precisos de la violencia patriarcal y la gestión de la muerte a través de la destrucción de los cuerpos- que habita en los procesos de precarización de la vida? "La parte de los crímenes" trabaja sobre una cierta sensibilidad de los procesos de precarización de la vida, esto es, un tipo de violencia desmesurada que se expande y desplaza los límites de los espacios sociales de inscripción de la muerte y la vida, del cadáver y de los vivos, los sobrevivientes. Esta obra logra capturar algo de esa vibración perceptible y las marcas de época. En otros términos, se trata de la deriva genocida de la precariedad, el revés constitutivo de la vida precaria, que en esta obra se trabaja como razón de gobierno o como dimensión femigenocida ligada a la gubernamentalidad precaria.

ABSTRACT

KEYWORD

Roberto Bolaño
 "La parte de los
 crímenes"
 2666
 Precarity as
 governmentality
 Femicide

A type of systematic and sustained violence on the feminized bodies but also a doing on the bodies, a detailed and precise technique in the act of giving death is what defines a type of genocide and an insistence on the recent cultural imaginary. In the following pages we will consider "La parte de los crímenes" included in 2666 of Roberto Bolaño around the figure of femicide that is framed from vulnerability and selective body exposure: What is it that defines this genocidal drift -linked to the precise ways of patriarchal violence and to the management of death through the destruction of bodies- that lives in the processes of precarization of life? Over a certain sensitivity of the processes of precarization of life works "La parte de los crímenes", that is, a type of excessive violence that expands and displaces the limits, something of that perceptible vibration and the marks of time, is what manages to capture this cultural material. In other words, it is about the genocidal drift of precariousness, the constitutive setback of precarious life, which in this work works as a reason for government or as a femigenocide dimension linked to precarious governmentality.

Fecha de envío: 27/5/19

Fecha de aceptación: 25/09/2019

El 2 de mayo de 2005, desapareció Edith Aranda Longoria, de 22 años, mientras caminaba en el centro de aquella urbe. A la fecha nada se sabe de ella. El mismo día, fue allí secuestrada Airis Estrella Enríquez Pando en una calle cercana a su casa. Se halló el cadáver el 15 de mayo dentro de un recinto de plástico relleno de cemento. Sufrió ataque y mutilaciones sexuales. Tenía 7 años de edad. Hubo en el origen un deslizamiento fuera de los límites.

Sergio González Rodríguez - *Huesos en el desierto* (2002)

Hubo en el origen un deslizamiento fuera de los límites, como escribe Sergio González Rodríguez a propósito de los crímenes por feminicidio en Ciudad Juárez (Chihuahua, frontera norte de México). Lo subrayamos, un desborde excesivo de violencia es lo que marca el imaginario cultural reciente alrededor de la figura del feminicidio.¹ Un tipo de violencia sistemática y sostenida sobre mujeres, trans, cuerpos y posiciones feminizadas, pero también un *hacer sobre los cuerpos*, una técnica detallada y precisa en el acto de dar la muerte es lo que define un tipo de genocidio que se trama a partir de la vulnerabilidad y la exposición corporal selectiva. *Deslizamiento fuera de los límites*, lo que nos señala la cita de González Rodríguez es una ruptura en el imaginario social, un exceso en el uso de la violencia y una recurrencia irrefrenable, acaso un deslizamiento más allá de los espacios de inscripción de la muerte y la vida, del cadáver y de los vivos, los sobrevivientes. Es sobre ese fondo, ese horizonte de saber

¹ En este sentido puede leerse la oscilación constitutiva entre las nociones *femicidio* (entramado de relaciones de poder patriarcal y de dominación masculina) y *feminicidio* (responsabilidad del Estado y las agencias de estatalidad): de un lado, el término *femicidio* (del inglés *feminice*), definido por la psicóloga sudafricana Diana Russel junto a Jane Caputi (1992), es una figura jurídico-penal que ilumina un entramado de relaciones de poder y de dominación masculina. De otro lado, el vocablo más castizo de *feminicidio* (traducción que realizara la antropóloga feminista mexicana Marcela Lagarde) pondera la responsabilidad del estado cuando este no da garantías a las mujeres y no crea condiciones de seguridad para sus vidas en la comunidad, en el hogar, ni en el lugar de trabajo, en la vía pública o en lugares de ocio. Lo que marca, sin embargo, el signo de una tensión irresoluble o una dialéctica en suspenso entre *femicidio* y *feminicidio*: esta violencia ulterior alude a una matriz cultural desde la cual se lee la violencia de género más radical y asesina, y por lo mismo, se refiere al accionar deliberado del estado en su protección o abandono selectivo de poblaciones, la racionalidad política neoliberal (de otros tantos actores, el capital financiero, los intereses económicos, los mandatos de género heredados), las agencias de estatalidad y el narco-estado.

y de percepción de lo viviente, desde donde se hace visible que las garantías de reproducción y supervivencia de la vida no están dadas (Pérez Oroz, 2014: 34). Porque sabemos, que la precariedad se conjuga (por principio) en precariedad femenina y esa es, la *deriva genocida* que constituye al feminicidio: explotar la exposición y entrega hacia los otros, exponer los cuerpos feminizados a la violencia, el desamparo, el abandono y la desprotección de modo selectivo e inducido, reducir toda persona a cuerpos-cadáveres-cosas, aleccionar a través de la punición, restablecer un orden de cosas a través del asesinato, decidir y gestionar sobre esa vida precaria.²

Entonces, si la biopolítica incluye necesariamente una lógica de muerte, su reverso constitutivo y complementario, la tanatopolítica, una *deriva genocida de la precariedad*, atraviesa las lógicas de la violencia en el presente latinoamericano y hace de la destrucción de los cuerpos una de sus operaciones centrales.

La violencia feminicida que se alberga en los procesos de precarización, esa violencia decíamos, es una *política del cadáver* pero también es una política de la exposición corporal selectiva, un ordenamiento político de los cuerpos feminizados. Y ese ordenamiento se realiza sobre la base de una matriz normativa fuertemente patriarcal. Precisamente, el reparto sensible de esa vulnerabilidad corporal feminizada determina el grado de exposición y entrega de acuerdo a códigos y normas masculinas heteropatriarcales, mandatos y estereotipos de género heredados, pero el grado de vulnerabilidad y exposición responde también a

² Con el neologismo sintagmático de precariedad como gubernamentalidad pretendemos vincular la racionalidad de gobierno neoliberal y precarizante (tácticas de las conductas, subjetividades, modos precisos de protección-desprotección de poblaciones) con su dimensión gore en el ejercicio de la violencia y la administración y gestión de la muerte. A diferencia de la biopolítica que es una de las formas restringida de la gubernamentalidad, esta última alude a la racionalidad de gobierno que excede al estado, esto es, el arte-táctica-estrategia de gobierno que son prácticas múltiples, plurales e inmanentes (lo que incluye al narco, el crimen organizado, la mafia policial y militar cómplice, los intereses y grupos económicos y empresariales, los asesinos seriales, los bandas de delincuencia, etc.), asimismo las técnicas de gobierno de las conductas (subjetividades) y de las poblaciones, su forma de saber que es la economía política (financiera y global) y su instrumento técnico esencial que es el dispositivo de seguridad-inseguridad. A la fuente foucaultiana la leemos atravesada y en conjunción con el término de *precarización como gubernamentalidad* de Isabell Lorey (2016) y de *Capitalismo gore* de Sayak Valencia (2010). El primero permite recoger el trato productivo con lo incalculable, con lo inconmensurable y lo no modularizable, con lo que se sustrae a un gobierno basado en la inseguridad y además, remite al proceso de normalización de la precarización en los actuales regímenes neoliberales (Lorey, 2016:29). Por *Capitalismo Gore* hacemos referencia, en las páginas siguientes, a la desmesura de la violencia y la acumulación de poder en relación a los mandatos de género pero también vinculados a los circuitos de la economía financiera neoliberal emplazados en la frontera norte de México

racionalidades de gobierno heterogéneas, sobre agencias de estatalidad en retirada y sobre agentes y actores múltiples.

En las páginas siguientes vamos a considerar “La parte de los crímenes” incluida en *2666* de Roberto Bolaño (1953 Santiago, Chile - 2003 Barcelona, Cataluña). *2666* es, en términos de Bolaño, una novela río (del francés *roman-fleuve* se refiere a un ciclo novelístico con varios volúmenes donde las acciones confluyen en la narración como los afluentes en los ríos) cuyo punto magnético son los asesinatos de mujeres en la ciudad ficticia de Santa Teresa pero que recurre, como trasfondo temático-narrativo, a la búsqueda del escritor alemán Benno von Archiboldi. Organizada en cinco secciones “La parte de los críticos”, “La parte de Amalfitano”, “La parte de Fate”, “La parte de de Archiboldi” y la cuarta sección, “La parte de los crímenes” que constituye un acercamiento al nudo aglutinante de la novela río. Entre las descripciones infinitas de crímenes se intercalan otras historias paralelas como la investigación que se acomete el policía Juan de Dios Martínez y su relación con Elvira Campos, directora del nosocomio de Santa Teresa; o la de Klaus Haas considerado el autor de los asesinatos, o la historia de una adivina que interviene en un programa de televisión para solicitar que se resuelvan los casos o también la de una diputada del Partido Revolucionario Institucional que, a raíz de la desaparición de una amiga, le encarga a un periodista que investigue el caso.

En “La parte de los crímenes” intentaremos de manera explícita evitar una aproximación tanto autoral como nacional porque, justamente, queremos seguir o formular un abordaje en torno a un eje: ¿qué es lo que define esa deriva genocida –vinculada a los modos precisos de la violencia patriarcal y la gestión de la muerte a través de la destrucción de los cuerpos– que habita en los procesos de precarización de la vida? ¿Qué puede saber lo estético, la ficción documental, sobre el feminicidio y la precariedad feminicida? Estamos pensando en el terreno de resignificaciones culturales, de imaginarios que la cultura ensaya alrededor de la figura del feminicidio. Materiales muy heterogéneos que funcionan como artefactos de lectura y por ello, gravitan alrededor de un régimen de sensibilidad dislocado o un régimen desplazado (escribe González Rodríguez, 2002). Si pensamos en “La parte de los crímenes” allí la operación en torno a la precariedad y el feminicidio tienen una marca principal: la de registrar ese deslizamiento fuera de los límites como consecuencia de un tipo de violencia ominosa que resulta, de algún modo, inasible a las gramáticas culturales disponibles. Sobre una

cierta sensibilidad de los procesos de precarización de la vida (como *sensorium* de lo real) trabaja "La parte de los crímenes", esto es, un tipo de violencia desmesurada que se expande y desplaza los límites, algo de esa vibración perceptible y las marcas de época, es lo que logra captar este texto. Femenicio y ficción, exterminio y precariedad, genocidio y ficción son los pares que componen este trabajo, pero también los registros y los procedimientos formales en los que se leen un ordenamiento político de los cuerpos. En otros términos, se trata de la deriva genocida de la precariedad, el revés constitutivo de la vida precaria, que en esta obra se trabaja como razón de gobierno o como dimensión femigenocida ligada a la gubernamentalidad precaria.

Un desplazamiento marca, justamente, esta deriva genocida de la precariedad. O más bien, un solapamiento de niveles señala, precisamente, la amplitud expansiva de esta deriva genocida de la precariedad. Desde la racionalidad de gobierno neoliberal por precariedad (a un nivel molar, de una mayor amplitud y abarcamiento) que reconocemos en "La parte de los crímenes" de Bolaño pero que bien podemos incluir en otros materiales recientes, como en la novela *Chicas Muertas* (2014) de la escritora argentina Selva Almada que hace foco en la gestión de vidas feminizadas, vidas calificadas en la exposición selectiva (escala que irrumpe a nivel de la micropolítica y lo molecular o a nivel del registro de las vidas, las biografías del feminicidio) y las tecnologías precisas del hacer morir o también en el cuento breve "Las cosas que perdimos en el fuego" (2016) de la escritora argentina Mariana Enríquez donde cobran relevancia los espacios de agenciamiento disruptivos, los márgenes de autonomía y de resistencia trágica.³

³ Si bien nos focalizaremos en "La parte de los crímenes" de Bolaño, es interesante notar los desplazamientos y recorridos que iluminan, por contraposición, el relato de Selva Almada y Mariana Enríquez. En el texto de Selva Almada, *Chicas Muertas* (publicado en 2014), podemos notar que la racionalidad de gobierno y el vector genocida de la precariedad se muestra a nivel de los cuerpos, de la vida y las biografías del feminicidio. Ubicado en una geografía disgregada (pueblos de provincia del interior de Argentina) y en un recorte temporal-histórico anómalo (los estertores finales de la dictadura militar y los primeros años del proceso de retorno democrático) cuando aún no se conocía el término feminicidio, *Chicas muertas* gravita alrededor de la cuestión de la violencia y el modo de enmarcar las biografías del feminicidio. En "Las cosas que perdimos en el fuego" de Mariana Enríquez (publicado en 2016), la deriva genocida de la precariedad es un escenario, condición de posibilidad, desde donde construir instancias y espacios de agenciamiento. Y justamente, en el relato breve de Mariana Enríquez, el feminicidio es el espacio mismo en donde la ficción (el terror) ensaya un imaginario trágico de la resistencia. En escenarios de violencia generalizada hacia los cuerpos feminizados, lo que se organiza, son modos colectivos de resistencia frente a la muerte. El procedimiento último que Enríquez explora es hacer ver, volver visible y tangible esta deriva genocida de la precariedad que persiste pero no

Así, en los desplazamientos y recorridos que iluminan estos materiales culturales vamos hacer foco en una escala particular. Como decíamos, la dimensión femigenocida ligada a la gubernamentalidad precaria que leemos en "La parte de los crímenes" de Roberto Bolaño. Allí se escenifica, como sensorio narrativo, la razón de gobierno neoliberal que procede a través de la gestión calculada de la muerte y los modos del hacer morir. Gestión de la muerte que se vincula a una nueva razón del mundo neoliberal y la economía financiera global, los conflictos informales no declarados, la capitalización de la vida (o la consolidación del conflicto capital y vida) y la forma-estado reconvertida en narco estado o tercer estado. En este escenario, la captura y los asesinatos sistemáticos a mujeres, se revelan como parte constitutiva de los procesos de precarización pero en una escala aún más amplia, las técnicas de gobierno que Foucault (1978) denomina *gubernamentalidad* y la gestión del morir y de los modos precisos del *hacer morir*.⁴ El texto de Bolaño describe un paisaje social asediado por una visibilidad hiperbólica de la muerte y ese es su punto de partida formal y narrativo. Dentro del género policial y ficcional, "La parte de los crímenes" hace hablar a los cadáveres en su materialidad y detalles específicos. Santa Teresa, el doble espejo de Ciudad Juárez, es el emplazamiento geopolítico donde los cuerpos muertos se acumulan como materia ilegible, muertes que devienen anónimas porque antes que cuerpos son cadáveres, la destrucción de los cuerpos es un tipo de *genocidio gore* (Valencia, 2010) que borra sus huellas, destruye los cuerpos hasta confundirlos con cosas, objetos inanimados, no-humanos o con animales.⁵

obstante, de un modo organizadamente colectivo, se invierte y se reapropia - somos nosotras quienes elegimos como morir-, lo que es decir, se transforma en terreno de una potencia inusitada.

⁴ Por *necropolítica* Achille Mbembe hace referencia a la fusión creciente entre política y guerra o de otro modo, a las políticas de muerte inmediatamente consiguientes al 11 de septiembre de 2001. El término necropoder se refiere a ese tipo de política, como el trabajo de la muerte en la producción de un mundo en que se acaba con el límite de la muerte o con el tabú de la matanza. Política de muerte instaurada originalmente por el poder colonial y su respectivo modelo de producción y experimentación biopolítica, las plantaciones. El necropoder, entonces, es presencia de la muerte lo que define un mundo de violencia sin reserva en que la figura de la soberanía se realiza como estado de excepción e instrumentalización generalizada de la existencia humana. Se trata de la destrucción material de los cuerpos y poblaciones humanas juzgadas como desechables o superfluas (Mbembe, 2003;2011).

⁵ Con la noción de *capitalismo gore*, Sayak Valencia (2010) subraya una modalidad del capitalismo contemporáneo en tiempos de neoliberalismo (de pacto masculinista) que funciona alterando la lógica de producción del capital. Volatilidad y deslocalización, mercancías que tienden a la espectralidad del mercado financiero o quizás deberíamos agregar que se deshacen en el aire. En el *capitalismo gore* este proceso se verifica a través de la acumulación de cosas físicas, a través de la producción de una cierta

Maquiladoras, desierto y capital

Estoy hablando de visiones que le cortarían el aliento al más macho de los machos. En sueños veo los crímenes y es como si un aparato de televisión explotara y signiera viendo, en los trocitos de pantalla esparcidos por mi dormitorio, escenas horribles, llantos que nunca acaban.

Roberto
Bolaño – 2666

Fechado entre los primeros años de la década del noventa, el capítulo “La parte de los crímenes” del extenso 2666 es un texto iniciático que refleja la condición contemporánea del feminicidio y su alianza con la narcoviolenencia (Christiansen, 2016: 25-40). La mirada de Roberto Bolaño exhibe un procedimiento estético que resuena en distintos materiales contemporáneos tales como la obra *¿De qué otra cosa podemos hablar? Preparación de sangre recuperada* de la mexicana Teresa Margolles (primavera-verano de 2009), la instalación *Sumisión (antes palabra de fuego)* de Santiago Sierra (octubre de 2006 y marzo de 2007), las performances de la artista Lorena Wolffer *Territorio Mexicano* (1995) y *Mientras dormías -El caso Juárez-* (2002), la novela del escritor y periodista Imanol Caneyada *Tardará un rato en morir* (2008) y la instalación del colombiano Juan Manuel Echavarría *NN - Fragmento-* en 2008, entre tantos otros.

Bolaño utiliza como fuente para la construcción de su novela el libro de crónicas *Huesos en el desierto* (2002) del periodista mexicano González Rodríguez que citamos al inicio y que es personaje también en 2666. A su vez, “La parte de los crímenes” contiene referencias casi textuales de otro libro póstumo de Bolaño, *Los sinsabores del verdadero policía*, en donde el personaje Pancho Monje reconstruye una saga, que se remonta al año 1865, de nueve mujeres violadas y abandonadas en las que llega hasta su madre, María Expósito. Esta historia que se reconstruye casi explícitamente en 2666, tiene como protagonista al policía reconvertido en Pedro Olegario Expósito, más conocido como Lalo Cura, quien recompone “La parte de los crímenes” varado entre el sueño y la vigilia frente a las manchas de semen y de sangre que ilustran los libros de criminología que estudia después de las horas de servicio.

materialidad, es decir, el uso predatorio y la destrucción de los cuerpos. El número de muertos, cuerpos mutilados o vejados se convierten en sí mismo en el producto y la forma de capital acumulable (Valencia, 2010 y 2012)

“Eso de que hay lugares que son iguales a otros es mentira. El mundo es como un temblor” (Bolaño, 2014: 538). “La parte de los crímenes” tiene lugar en Santa Teresa, espacio urbano ficcional que ya se alude en *Los detectives Salvajes* en referencia al pueblo donde trabajó como maestra la poeta Cesárea Tinajero. Santa Teresa es un doble real de Ciudad Juárez, ciudad fronteriza entre México y Estados Unidos. Ciudad de migrantes pero también zona de promoción industrial, con las maquiladoras como telón de fondo, oasis del horror pero también de oportunidades laborales. Las maquiladoras representan una fuente de trabajo estacionario y precarizante. Las empresas maquiladoras son fábricas, en su mayoría de capitales extranjeros y multinacionales, ubicadas en ciudades mexicanas de la frontera norte con Estados Unidos (principalmente Tijuana, Mexicali, Reynosa y Heroica Nogales) que se dedican al ensamblaje de productos. Estas empresas importan materiales sin pagar aranceles y sus productos (electrónica, dispositivos médicos, autopartes y componentes aeroespaciales) se comercializan en el país de origen de la materia prima. Se trata de un trabajo marcadamente femenino, de trabajadoras migrantes, en condiciones de pobreza y escasa permanencia, con mano de obra barata de acuerdo a criterios de competitividad para favorecer la permanencia de las empresas establecidas en México dentro de las plantas de ensamblaje.

Santa Teresa es, en este sentido, un enclave en la geopolítica entre México y Estados Unidos, donde la circulación de mercancías, personas, bienes y servicios marca el pulso de un paisaje social tejido alrededor del tratado de libre comercio (TLCAN) y la inflexión neoliberal a cielo abierto. Un oasis, una ciudad, nuevos desiertos del mercado y el capital, se trata de espacios privatizados, donde el Estado ha retirado su control o gestionado su abandono, superpoblado de trabajadores invisibles y migrantes, en constante movilidad, sin infraestructura, servicios ni vivienda, abandonado a la violencia del crimen organizado, el narcopoder y al crecimiento desregulado del capital: “un desierto muy grande, una ciudad muy grande, en el norte del estado, niñas asesinadas, mujeres asesinadas” (Bolaño, 2014: 546). Desiertos del mercado financiero que moldean el espacio de lo público y lo común. Sobre este nuevo paisaje del capital, entonces, se ubica la figura paradigmática e histórica de la exclusión: la mujer trabajadora precarizada.

Es precisamente en este paisaje social donde tiene lugar la apropiación neoliberal del trabajo, de las cualidades históricas de las mujeres (su maleabilidad y versatilidad leídas en términos de

polivalencia y multiactividad). La modalidad de explotación de las mujeres tiene aspectos de no valor social, de flexibilidad infinita, de invisibilidad, de allí que en este escenario de precarización generalizada de lo social, la feminización se convierta en paradigma general –fundado sobre la expropiación de la productividad de la vida que excede de largo la mera esfera del trabajo– (Morini, 2014: 84). Y como en Santa Teresa, la violencia continua en el centro del mecanismo, la creación, reproducción y capitalización del valor a partir del trabajo femenino, o más bien su indistinción, desde donde se hace visible que las garantías de reproducción y supervivencia de la vida no están dadas. O de otro modo, la actual dinámica de acumulación de capital resulta incompatible con la vida (humana y no-humana). En este sentido, la “producción solo puede escindirse de la reproducción en la medida en que funciona una lógica distinta y contrapuesta a la propia generación de vida” (Pérez Oroz, 2014: 34)⁶

La serie infinita de la muerte

Googleá empalamiento

Lucía Reissig - Intervención callejera (2016)

“La parte de los crímenes” es una de las cinco secciones que componen el inconcluso y póstumo *2666* de Roberto Bolaño, relato que se conecta ambiguamente con la figura espectral de un novelista alemán a quien se pretende encontrar pero cuyo rastro se desdibuja.

⁶ Desde los análisis de la economía feminista (Marianne A. Ferber, Julie A. Nelson, Pérez Oroz, Silvia Federici, Carrasco Bengoa, etc.) se insiste con especial énfasis en el cambio de paradigma de los pares capital y trabajo hacia el conflicto irresoluble entre capital y vida. El punto de partida es la pregunta feminista sobre cómo se reproducen las sociedades y sobre la *sostenibilidad de la vida*. En efecto, estos análisis cuestionan las corrientes de economía hegemónicas (incluyendo posturas marxistas) porque no consideran la reciprocidad entre los mercados financieros globales-nacionales y los flujos monetarios (macroeconomía) en relación a la administración doméstica, la gestión del cuidado y el afecto, la alimentación y el acceso a recursos cotidianos (microeconomía o esfera económica invisibilizada). E incluso más, esta mirada ortodoxa (cuyo paradigma es la economía neoclásica) desatiende al heteropatriarcado como nivel de análisis en tanto organizador de la economía y tampoco logra dar cuenta de los procesos vitales, los trabajos no remunerados, el hogar y el ámbito de lo privado-doméstico. La economía, en este sentido recursivo y más específico, se refiere no solo a los espacios mercantiles donde se intercambian bienes y servicios o a los mercados financieros donde se compra y vende dinero sino sobre todo a los procesos mercantiles y financieros que ponen a la vida al servicio de la acumulación del capital. Es decir, “no se produce nada nuevo, sino que solo se extraen y transforman los materiales que ya estaban” (Pérez Oroz, 2014:34).

Sección que comienza con una descripción minuciosa de una muerte, la primera muerta Esperanza Gómez Saldaña. A continuación se detalla el accionar policial, el jefe de policía de Santa Teresa se reúne con el juez y proceden a la identificación de la víctima. Así se inicia este largo capítulo de 2666, con un crimen irresuelto, sin motivos aparentes o explicación alguna. Lo que sigue es una larga enumeración de muertes. Las listas, las clasificaciones y las series son una marca recurrente en la literatura y en la concepción de obra de Bolaño (donde todos sus textos están de algún modo entrelazados, conformando una constelación narrativa propia) y que aquí se convierten en una cifra apocalíptica, así parece indicar el título 2666, que remite a la misma serialidad inconcebible de las muertes. Pero, justamente, el título y la cifra se inspiran tanto en *Detectives Salvajes* como en *Amuleto*. En la primera obra, publicada en 1998, el número indica una cifra aproximada, pronunciada precisamente en Santa Teresa, en ese viaje errático por el desierto con motivo de la búsqueda de la poeta realista visceral original Cesárea Tinajero:

Pero Cesárea habló de los tiempos que iban a venir y la maestra, por cambiar de tema, le preguntó qué tiempos eran aquéllos y cuándo. Y Cesárea apuntó una fecha: allá por el año 2600. Dos mil seiscientos y pico (Bolaño, 1998: 596)

Por su parte, en *Amuleto* publicado en 1999, en donde Auxilio Lacouture –su protagonista– sigue los pasos de Arturo Belano y Ernesto San Epifanio, la cifra se vincula a una visión apocalíptica de la avenida guerrero en Ciudad de México como un gigantesco cementerio olvidado:

la Guerrero, a esa hora, se parece sobre todas las cosas a un cementerio, pero no a un cementerio de 1974, ni a un cementerio de 1968, ni a un cementerio de 1975, sino a un cementerio de 2666, un cementerio olvidado debajo de un párpado muerto o nonato, las acuosidades desapasionadas de un ojo que por querer olvidar algo ha terminado por olvidarlo todo (Bolaño, 1999: 77)

De eso está hecho "La parte de los crímenes" y ese es su procedimiento, un artefacto mayor que es el verdadero funcionamiento de la maquinaria, la serie de asesinatos desde la primera página hasta la última que Bolaño reconstruye a partir de los

cadáveres. Serie que es abierta e indefinida por principio, ciento nueve cadáveres de mujeres asesinadas fechadas entre 1993 y 1997.

Pero sabemos que Esperanza Saldaña no se trata de la primera, hubo otras "que quedaron fuera de la lista o que jamás nadie las encontró" (Bolaño, 2014: 444). La cuenta resulta agobiante, toda cifra o estadística posible carecen de sentido, por acumulación de casos, por la cantidad de muertes, por la masividad y la recurrencia de los asesinatos (Rodríguez, 2014a: 106). Frente a las estadísticas que aplanan la magnitud de los crímenes, la reconstrucción pormenorizada de "La parte de los crímenes" cuantifica, acumula, clasifica, repite y particulariza con variaciones imperceptibles. Y así los crímenes se multiplican, matan a cientos de mujeres, matan una tras otra, sin motivos claros o causales definidos: "El informe forense no fue capaz de dictaminar la causa de la muerte, aunque vagamente aludía a la posibilidad de un estrangulamiento, pero si fue capaz de afirmar que el cadáver no llevaba menos de siete días en el desierto ni más de un mes" (Bolaño, 2014: 490).

El texto de Bolaño introduce también otro registro acerca de la muerte de mujeres, de la serie extendida de muertes o para ser precisos, del genocidio de mujeres. El judicial Juan de Dios Martínez investiga el caso del profanador de iglesias (bautizado por un periodista como el penitente endemoniado) quien se dedica a profanar los templos con su propia orina y excrementos, golpeando a sacerdotes o saboteando iglesias. En un diálogo cómplice e interesado con la directora del manicomio de Santa Teresa, el texto despliega un verdadero catálogo de enfermedades y patologías asociadas al miedo: sacrofobia, pecatofobia, hematofobia, balistofobia, antropofobia y necrofobia; claustrofobia, agorafobia, agirofobia y gefidrofobia; ombrofobia, talasofobia y astrofobia; nictofobia, antofobia y dendrofobia; cromofobia y iatrofobia; pedifobia y zoofobia; tricofobia, verbofobia, vestiofobia. La directora y el judicial introducen un discurso médico-legal que busca catalogar como enfermedad –ilusión de ordenamiento o pretensión explicativ–, una violencia indeterminada, ubicua e inasible, "enterradas en fosas comunes en el desierto o esparcidas sus cenizas en medio de la noche, cuando ni el que siembra sabe en dónde, en qué lugar se encuentra" (Bolaño, 2014: 444). Se trata del lenguaje de la psiquiatría, la criminología y el positivismo decimonónico que buscan explicar, en taxonomías llevadas al absurdo, ese mapa sensible del miedo que atraviesa este territorio. Porque en los basureros, los baldíos, las villas miserias, los barrios periféricos o las

calles mal iluminadas de Santa Teresa desaparecen obreras o porque aparecen muertas arrojadas en un *desierto de aburrimiento o en un oasis de horror* (como reza la cita de Baudelaire que inaugura 2666).

“La parte de los crímenes” de 2666 se trama alrededor de un escenario social del miedo que componen un verdadero ecosistema de la muerte:

Si es que es posible transmitir lo que se siente cuando cae la noche y salen las estrellas y uno está solo en la inmensidad, y las verdades de la vida empiezan a desfilan una a una, como desvanecidas o como si el que está a la intemperie se fuera a desvanecer o como si una enfermedad desconocida circulara por la sangre y nosotros no nos diéramos cuenta (Bolaño, 2014:541).

Los cadáveres de mujeres asesinadas reflejan una metamorfosis epistémica basada en la violencia, *como si el que está a la intemperie se fuera a desvanecer*. Alrededor de las mujeres asesinadas se vuelve explícita una dimensión administrativa, diferencial, técnica, semiótica y *managerial* de la relación con los cuerpos y la exposición a la muerte: esto es, el feminicidio puede entenderse aquí como instancia de gestión y administración, de práctica política y de acumulación de poder por medio de un tipo de violencia dirigida, igualmente sostenida y sistemática, sobre la vida de mujeres precarizadas. La vulnerabilidad del cuerpo, su mutilación y desacralización se convierten en sí mismo en el producto, en la mercancía y el resultado más acabado de una *violencia desmesurada*, un poder genocida por precarización: “había sido violada anal y vaginalmente, repetidas veces, según el forense, y el cuerpo presentaba hematomas múltiples que revelaban que se había ejercido con ella una violencia desmesurada” (Bolaño, 2014: 569). Esto es, una lógica y racionalidades diversas en torno a los modos de hacer vivir, de incrementar y organizar las fuerzas, pero más aún, los modos de matar, abandonar, ralentizar o dejar morir (*slow death*). En efecto, ya no es la vida sino, su revés y complemento, la decisión de otorgar y administrar la muerte, la que adquiere mayor centralidad.

En “La parte de los crímenes” se narra un espacio donde los cuerpos de mujeres asesinadas se acumulan como cadáveres olvidados y carne irreconocible. Donde la muerte se superpone en una serie que parece infinita, sinécdoque macabra de los más de trescientos asesinatos registrados en los primeros años de la década

del noventa en el doble real de Santa Teresa, Ciudad Juárez.⁷ La descripción de cada uno de los casos se solapa con el siguiente, suerte de cadena periodística-policial que gira espiraladamente sobre sí misma (ante un caso irresuelto se descubre otra muerte). Cadena sucesiva que se reconoce en el régimen de la imaginación policial, se trata de casos irresueltos e irresolubles. Y ese es, en definitiva, su registro. Bolaño construye un patrón o arquetipo ideal del crimen a partir del detalle: frente a los cadáveres de mujeres desnudas se describe la edad, la ropa que llevaba puesta, el interior de las casas, el nombre y la causa de la muerte, las palabras de sus conocidos, sus biografías fragmentarias e inciertas.

Las palabras contabilizan cadáveres en un lenguaje desafectado e impersonal, pero en un registro policial y ficcional también, con el que Bolaño logra construir una lengua aséptica propia de un informe forense: “el cuerpo, que había sido violado y estrangulado, estaba envuelto en una cobija blanca” “había sido violada y golpeada en la cara repetidas veces, en ocasiones con especial ensañamiento, presentándose incluso una fractura de palatino” “estaba debajo de la cama, envuelta en una sábana, vestida únicamente con un sostén blanco” (Bolaño, 2014: 563-565). En el informe, al modo de un atlas de criminología malsano (Speranza, 2012: 119) o un atlas taxonómico imposible, los datos secos del parte policial corren el foco, trastocan el conjunto hacia un cambio de tono imperceptible: “Bolaño no da voz a los muertos pero si deja que hablen los cadáveres” (Speranza, 2012: 119). En efecto, en “La parte de los crímenes” se lee un conjunto detallado de cuerpos en estado de descomposición, putrefactos, desmembrados y mutilados. Lo que “La parte de los crímenes” registra es un tipo de gestión de la muerte que es, antes que nada, una *política del cadáver* (Giorgi, 2014:199), lo que es decir, una dinámica política que hace foco en la destrucción de los cuerpos, en su materialidad específica y sus rasgos más singulares. *Política del*

⁷ Las investigaciones y estadísticas actuales parecen indicar un desplazamiento, un corrimiento del *locus* (ubicación y espacialidad) de la violencia feminicida que va desde Ciudad Juárez (frontera norte) hacia el Estado de México y el Estado de Puebla. Para mayor información, puede consultarse el mapeo de feminicidios en Puebla (desde 2012 a la fecha) realizado por el Observatorio Ciudadano de Derechos Sexuales y Reproductivos AC: <https://www.google.com/maps/d/viewer?ll=18.992359995712697%2C-98.20987726562498&spn=0.176218%2C0.338173&msa=0&mid=1ggmdbYsvvK5uWuvL8sdfnz52Ims&z=11> (consultado 29/4/19). Asimismo puede consultarse el mapeo completo de México realizado por María Salguero: https://www.google.com/maps/d/u/0/viewer?mid=174IjBzP-fl_6wprRHg5pkGSj2egE&ll=18.34086508145887%2C-98.725819671875&z=5 (consultado 29/4/19)

cadáver que es también una operación formal y narrativa, Bolaño escribe sobre las variaciones minúsculas de lo que queda entre los cadáveres.

Y esa *política del cadáver*, su especificidad y materialidad narrada al infinito, es la que forma parte de la dinámica genocida de la precariedad. Porque de lo que trata "La parte de los crímenes" es del genocidio sistemático y continuo de cuerpos feminizados, donde el asesinato de mujeres es ejecutado *mayormente* por perpetradores que no tenían vínculos personales con las víctimas, genocidio que Rita Segato (2006; 2013) apunta en términos de la dimensión femigenocida de los feminicidios (de nuevo, el carácter impersonal y desconocido de los perpetradores). Ya sean ejecutados por desconocidos y sujetos anónimos, sin vínculos personales con las víctimas, o sean crímenes realizados por parientes próximos (parejas, maridos, familiares, amantes, novios o exparejas), en el escenario que muestra Bolaño la diferencia entre esos se vuelve irrelevante. De lo que se trata es que este tipo de asesinato de mujeres se vincula a un tipo de racionalidad de gobierno (neoliberal) que procede por la protección-desprotección de poblaciones, *precariedad como gubernamentalidad* según apunta Isabell Lorey (2016) y que se vincula también a un modo de acumulación geopolítica del capital financiero, la frontera norte de México, *tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos*.

La *precariedad como gubernamentalidad* vuelve explícita esa dimensión administrativa, instrumental y managerial de la relación con los cuerpos muertos y con la materialidad del cadáver: agrupados por fechas, por proximidad geográfica, por parentescos, a veces aislados, en casi todos los casos "La parte de los crímenes" registra los nombres completos de las mujeres, las edades, algún detalle en la vestimenta, el color de pelo, los motivos de la muerte (balas, cuchilladas, paros cardíacos, golpes, estrangulamientos), las marcas de la tortura, vejaciones, agresiones y maltratos. Lo que queda entre los cadáveres son detalles y precisiones en los cuerpos, y este es, quizá, un punto clave del exterminio feminicida y de la materialidad política del cadáver, donde ningún cuerpo desaparece del todo, algo queda como materia y tejido: señas particulares o marcas femeninas, un vestido de tela ligera de color morado de los que se abrochan por delante, unas sandalias de cuero labrado, una bragas blancas con lacitos a los costados, un anillo dorado con una piedra negra, una falda de mezclilla puesta al revés, un pantalón debajo de otro pantalón, una blusa verde oscuro recién comprada, un guante de

terciopelo, unas tenis converse de color negro con agujetas blancas, una pequeña cicatriz en la espalda con forma de rayo.

“La parte de los crímenes” retrata el desconcierto que produce la desmesura de una violencia cruda, ese exceso ulterior de agresión sobre los cuerpos de mujeres. Existe un paralelismo o zona compartida entre la condición generalizada del capitalismo neoliberal (gubernamentalidad neoliberal) y su fase *gore*. Es decir, la profanación de los procesos del morir que se inscriben en una economía libidinal de los géneros y en el crecimiento desregulado del capital financiero. Entonces, la violencia feminicida visibiliza un vector de poder y de racionalidades diversas que no solo decide la muerte, sino las *formas precisas del morir* y la vulnerabilidad de las vidas, los modos precisos de la desprotección social y estatal, la exposición corporal inducida y el destino final de los cuerpos.

La violencia y su espectacularización se erigen como el modelo de interpretación transversal de la actualidad, la violencia bajo la lógica del *capitalismo gore* incluye tanto el ejercicio fáctico y brutal de ésta (mutilación, profanación y vulnerabilidad del cuerpo humano) como su relación con lo mediático, lo simbólico y lo afectivo. Como elemento de empoderamiento y enriquecimiento económico para precarios, desocupados y desempleados, el *capitalismo gore* se afianza sobre el poder de hacerse con la decisión de otorgar la muerte y en la comercialización necropolítica del asesinato.

Capitalismo gore apunta a la economía global-local en espacios fronterizos, siendo Tijuana o Ciudad Juárez ejemplos paradigmáticos. El término *gore* hace referencia al género cinematográfico que se encuadra a partir de la violencia extrema y desmesurada, el injustificado derramamiento de sangre, vísceras y desmembramientos, combinados con el crimen organizado y los pactos con el poder público, el lavado de dinero como industria anexa, la corrupción a grandes escalas, el narcotráfico y el necropoder. Fenómeno creciente que tiene como protagonistas al crimen organizado en la contienda por la gestión y monopolio del estado-nación, su territorio y la gestión sobre los cuerpos. El estado no es detentado por una gestión de gobierno específica (un partido cual sea) sino más bien por un entramado de corrupción política y principalmente por los carteles organizados que integran un segundo estado o estado paralelo al tiempo que hacen cumplimiento literal de las lógicas mercantiles y de la violencia como herramienta de empoderamiento.

Necropolítica y *capitalismo gore* son términos que apuntan a los modos de gestión, regulación y gobierno de la muerte-vida que en principio exceden el marco del estado nación. Frente a la imagen consolidada del aparato estatal como forma administrativa de organización racionalizada (monopolio de la fuerza), la *violencia gore* hace referencia no sólo al carácter heterogéneo y contradictorio del estado –y en este sentido conviene hablar de agencias de estatalidad– sino también a un modo de gestión de la *precarización como gubernamentalidad* (Lorey, 2016: 28) del territorio, de los cuerpos y las poblaciones que es común tanto a los cárteles y organizaciones narco como a la policía, los intereses económicos, el crimen organizado, las fuerzas militares y los distintos estamentos del gobierno:

de la ciudad, del goteo de emigrantes centroamericanos, de los cientos de mexicanos que cada día llegaban en busca de trabajo en las maquiladoras o intentando pasar al lado norteamericano, del tráfico de los polleros y coyotes, de los sueldos de hambre que se pagan en las fábricas (Bolaño, 2014:474)

Esa violencia narco-estatal supone un ejercicio de poder en tensión y complicidad constante con las funciones (desestructuradas e ineficaces) del estado-nación en tiempos de neoliberalismo. Vinculación no exenta de contradicciones, pactos de acuerdos y en continua tensión entre el estado, el poder público y la clase criminal, el narcotráfico y los intereses económicos que se vuelven modo de regulación de una masculinidad (violentamente concentrada) que se emparenta a las demandas de reconstrucción de un imaginario de lo nacional (el *macho* colombiano, mexicano o argentino).

La parte de los crímenes, la parte de los narcos, la parte de las migrantes

*Dime quién fue a tu velorio
y te diré quién eres*

Jorge Villegas – Revista Elefante #13

En efecto, lo que finalmente promueve esta sobreespecialización de la violencia en tanto tecnología del asesinato y producción, desaparición y tachadura de cadáveres, es volver imposible la

inscripción de ese cuerpo femenino en los rituales comunitarios, su inscripción simbólica y memorialización. Como se narra en el texto de Bolaño, lo que ocurre es una dislocación del pacto sepulcral (*funus imaginarium*). De acuerdo con Harrison (2003: 174) y la interpretación de Giorgi (2014) el rito funerario materializa, justamente, este dispositivo de separación entre la dimensión espiritual, moral, social y cultural (la imagen-máscara de la persona) y la materialidad del cuerpo en continuidad con lo orgánico, lo biológico-animal, y el objeto-cosa-fósil (el cadáver):

Si bien el ritual funerario encuentra persona y cadáver todavía juntos, y lo que hace es entregar este último al orden de los procesos naturales y biológicos para así iniciar el proceso ritual de inscripción, a través del duelo-la condolencia y el llanto, en la memoria de una comunidad de vivos y sobrevivientes. (Giorgi, 2014: 197)

Lo que logra la respectiva violencia feminicida, es dislocar este "pacto sepulcral" en tanto destruye los lazos de ese cuerpo con la comunidad, lo que hace de ellos individuos, personas. Así, en "La parte de los crímenes" de Roberto Bolaño nos encontramos con rostros desfigurados, cuerpos intervenidos e inasignables hasta dislocar o borrar aquellos signos de pertenencia que los ubica en un mapa social.

"La cara de la mujer, a medias oculta por el antebrazo, era un amasijo de carne roja y morada" (Bolaño, 2014: 447). En tanto precarización selectiva de cuerpos generizados, la violencia feminicida *reduce las personas a restos corporales* ("un amasijo de carne roja y morada") y por ello mismo produce *cuerpos sin personas*, vale decir, cuerpos disponibles para la muerte, cadáveres. Producto de una doble herencia, una mágico-jurídica y otra religioso-mesiánica, la persona es fundamentalmente la memoria e imagen del muerto. Entendida como vestimenta escénica y disfraz teatral, la persona remite, a la vez, a la máscara y al rostro, a la imagen y a la sustancia, a la ficción y a la realidad. Lo que el *dispositivo de la persona* hace es figurar esa imagen (máscara fúnebre-*imago*) más allá de la biología y la propia finitud del cuerpo (Agamben, 2002: 78-79; Esposito, 2009: 111-112).

La serie de cadáveres de mujeres que se detallan en "La parte de los crímenes" habla de una insistencia en destrozarse, profanar y masacrar los cuerpos, volverlos irreconocibles como humanos. Antes

que eliminar una persona, "La parte de los crímenes" es la instancia de un cuerpo y una fisiología a denigrar que hace de las personas una anatomía anómala, una carne irreconocible, de nuevo, "un amasijo de carne roja y morada". Y ese es el signo característico de la violencia (siempre excesiva) del feminicidio, pues no solo disloca el pacto sepulcral (produciendo cadáveres sin nombres y cuerpos sin personas), sino también la *desección de los cuerpos*: muchas de las torturas que muestran en los cuerpos tuvieron lugar después de la muerte de las víctimas, "como si la muerte fuese una sucesión de múltiples instancias, y como si después de muerta la persona, el cuerpo de estas mujeres perdura como materia a violar, torturar, marcar" (Giorgi, 2014: 217).

Esta zona o espacialidad imposible es el escenario de un experimento *gore* y genocida que pasa por la suspensión de la ilegibilidad de los cuerpos, según apuntábamos se trata de la tachadura de la *persona* como marca de pertenencia comunitaria. En Santa Teresa, espacio limítrofe entre México y Estados Unidos, los asesinatos seriales de mujeres son la ocasión para el despliegue incesante de un cuerpo irreconocible, que emerge en una contigüidad inquietante con el desecho, la basura, la cosa, lo animal y cuyo estatus humano (su identificación, biografía o pertenencia social) queda anulado.

Asimismo, el texto de Bolaño nos invita, en un tipo de narrativa muy sugerente, a reconsiderar la problemática del territorio fronterizo o más bien la *frontera como problema*. Cómo determinar el límite que marca, separa y distingue un adentro de un afuera en un mapa social marcado por un continuum de violencia. Santa Teresa es tanto un territorio ficcional como una zona expansiva, contagiosa, cuyos límites son imprecisos y porosos. De allí que esta racionalidad política o deriva genocida de la precariedad (el *hacer morir*) contamine el espacio social todo, esto es, los cuerpos muertos, cadáveres y mujeres asesinadas se encuentran por todos lados. Los espacios simbólicos e institucionales que asignan un lugar a la muerte se hallan fracturados, no hay cementerio, duelo, urna o lápida que contenga los cuerpos asesinados. En Santa Teresa la muerte carece de localización específica y por ello resulta ubicua "como si allí nada pudiera crecer o expandirse" (Bolaño, 2014: 451). La muerte contagia el espacio social y es por ello que las muertas aparecen "por todos lados": en un basural clandestino cercano a la calle Yucatecos, en un descampado en la colonia Flores, arrojados en el borde de la carretera en medio del desierto, en un terreno baldío próximo a la

preparatoria Morelos, en el interior de un coche a espaldas de la colonia Lindavista, en el desierto a pocos metros de la carretera que une Santa Teresa con Villaviciosa, tirada en el suelo de su dormitorio, en uno de los reservados del local nocturno La Riviera, etc., etc.

En esos enclaves se dibuja una suerte de geografía de los dominios corporales o una territorialidad del espacio corporal conquistado, de cuerpos como parte de terrenos móviles e inestables. En otros términos, se trata de una modalidad de la narcoviolenencia y del estado cómplice, de una racionalidad de gobierno que se ejerce selectivamente sobre las poblaciones (protegiendo o abandonando, exponiendo o resguardando) y de una geopolítica de la economía global que se ejerce de modo interseccional, donde los cuerpos que habitan esa geografía de frontera son marcados en tanto femeninos, migrantes, pobres, despojados, precarizados (trabajadoras de las maquiladoras, estudiantes o trabajadoras sexuales, amas de casa o periodistas). Y aquí el punto de condensación de la violencia se observa en el solapamiento de los flujos económicos, migratorios, de circulación del capital y de personas, de los bienes, las mercancías y del tráfico de cuerpos. La mayoría de las víctimas trabajan en empresas multinacionales, maquiladoras y fábricas trilladoras, la referencia es insistente: Key-Corp, File-Sis, K&T, Multizone-West, entre otras.

Los géneros del feminicidio, las formas del exterminio

Realism is a thing

John Carroll Lynch - *Lucky* (2017)

Un desplazamiento marca esta deriva genocida de la precariedad: *Deslizamiento fuera de los límites*, como escribe González Rodríguez, lo que nos señala es una ruptura en el imaginario social, un exceso en el uso de la violencia y una recurrencia irrefrenable, acaso un deslizamiento más allá de los espacios de inscripción de la muerte y la vida, del cadáver y de los vivos, los sobrevivientes. Un desborde excesivo de violencia es lo que marca el imaginario cultural reciente alrededor de la figura del feminicidio en Latinoamérica. Estamos pensando en el terreno de resignificaciones culturales, de figuraciones que la cultura y en distintos registros ensaya alrededor

de la figura del feminicidio y la deriva genocida; feminicidio y precariedad, figuras paradigmáticas de la violencia patriarcal que hacen visible un cierto resplandor del presente.

Un tipo de violencia sistemática y sostenida sobre los cuerpos feminizados, pero también un *hacer sobre los cuerpos*, una técnica detallada y precisa en el acto de dar la muerte es lo que define un tipo de genocidio que se trama a partir de la vulnerabilidad y la exposición corporal selectiva. Es sobre ese fondo, ese horizonte de saber y de percepción de lo viviente, desde donde se hace visible que las garantías de reproducción y supervivencia de la vida no están dadas (Pérez Oroz, 2014: 34). Porque sabemos, la precariedad se conjuga (por principio) en precariedad femenina y esa es, la *deriva genocida* que constituye al feminicidio.

Materiales muy heterogéneos que funcionan como artefactos de lectura y por ello, gravitan alrededor de un régimen de sensibilidad dislocado o que producen una interrupción del orden simbólico, escribe Luz Horne (2011: 16). Si pensamos en Bolaño, en la secuencia que traza "La parte de los crímenes", allí la operación en torno a la precariedad y el feminicidio tiene una marca principal: la de registrar ese deslizamiento fuera de los límites como consecuencia de un tipo de violencia ominosa que resulta, de algún modo, desbordante a las gramáticas culturales disponibles. Lo que se produce es un cambio en los modos de percibir la realidad y en las pautas que definen lo verosímil, y dentro de ese contexto, precisamente, los signos del presente y las marcas de una época en movimiento, es donde se sitúan estos materiales.

Y aquí puede notarse, una dimensión no explorada que se refiere a la expansión en el espectro de los afectos precarios. Porque, justamente, alrededor del genocidio y la centralidad que adquiere la figura del feminicidio, lo que cobra especial relevancia es el miedo como mapa sensible y afectivo de los cuerpos feminizados. En este sentido es pertinente preguntarse ¿puede considerarse al miedo como un afecto igualmente central para la configuración de un tipo de vida precaria? ¿el miedo es privativo de los cuerpos feminizados o responde a la vulnerabilidad del cuerpo? Por otro lado, ¿es posible pensar en una dimensión afectiva que potencie las formas de vida en común o permita una comunalidad? El miedo es un afecto y no una pulsión porque, como escribe Sedwick (2003), las pulsiones son reacciones libidinales constreñidas en relación a sus fines y a nivel temporal, necesito respirar beber y comer para seguir viviendo, y están constreñidas a nivel de los objetos, beber está atado a un

conjunto delimitado de objetos para satisfacer la sed. El miedo es, siguiendo a Sara Ahmed (2004), un afecto (como también lo son el odio, el dolor, la repugnancia o la vergüenza), el miedo es un afecto que circula, con temporalidades disímiles entre sí y al cual se la adhieren significados, objetos heterogéneos, ideas y marcaciones sociales (desde la inseguridad ante potenciales ataques delictivos, la oscuridad del espacio público, la agresión física, el miedo ante el porvenir y el futuro existencial, etc.). Pero también, podemos agregar, el miedo es un modo de gestionar políticamente atmósferas afectivas en regímenes de securitización, en efecto, el miedo es un atmósfera afectiva envolvente y transversal que, al modo de la ontología butleriana está distribuido diferencialmente en todo mapa social, esto es, algunos cuerpos y algunas vidas están más protegidas y resguardadas (de la circulación del miedo) que otras.⁸

La cuestión, entonces, vuelve. Lo que nos interesa es una pregunta que se reitera ¿qué es lo que define esa deriva genocida – vinculada a los modos precisos de la violencia patriarcal y a la gestión de la muerte a través de la destrucción de los cuerpos– que habita en los procesos de precarización de la vida? Pero más específicamente, en “La parte de los crímenes” lo que se construye son distintas modulaciones de la relación entre feminicidio y efectos de realidad que tienden a tornar borroso el límite entre lo real y lo ficticio. En otras palabras, puede encontrarse la siguiente preocupación ¿cuáles son los límites de la realidad y la ficción? ¿cómo se escribe el feminicidio? ¿cuáles son los géneros y procedimientos formales en los cuales se registra el feminicidio? ¿qué puede saber lo estético sobre el feminicidio y la precariedad femenina? En la secuencia de “La parte de los crímenes” lo que se escenifica es esta deriva genocida del feminicidio en los límites de la realidad y que gira en torno a los modos de narrar el feminicidio. Lo

⁸ En este sentido, la politización colectiva del miedo es un afecto que ha sido y es objeto de disputa social. Un ejemplo, ante la tragedia y el duelo público de los feminicidios lo que se puede leer en las movilizaciones del #niunamenos es un tipo de afectividad ligada también a la furia política (o al “derecho al grito”, como escribe Clarice Lispector en *La hora de la estrella*). Suerte de reconversión o transmutación de los códigos afectivos disponibles, del miedo como imposición de vulnerabilidad corporal femenina (el espacio público es constantemente citado como una espacialidad masculina, territorio de la violencia, la persecución y el acoso) a la pasión política que se produce en el encuentro colectivo. Ante la circulación de ese afecto y las reverberaciones corporales que produce, esto es, la adhesión de la vulnerabilidad corporal como paradigma de lo femenino. Ante este modo de gestión política, lo que sucede, es un trabajo sobre las infraestructuras, las redes comunitarias y populares, los emplazamientos y circulaciones corporales que las movilizaciones feministas, de la disidencia y aliados construyen de modo colectivo y en comunalidad.

que está en juego aquí es qué escritura, qué formas expresivas y qué procedimientos textuales son necesarias para lograr, como escribe Joao Gilberto Noll (1996), *un fresco de la época actual* o un *momento coagulado* del presente. Así, la obra literaria aquí abordada muestra algo del orden de lo real de su propia época, pero para lograrlo, produce un cierto efecto sensible que incluye otros modos de significación y formas diferentes a las del realismo clásico. Consecuentemente, ya "no se busca *representar* lo real sino más bien señalar o incluir lo real en forma de indicio o huella y, al mismo tiempo, producir una intervención *en lo real*" (Horne, 2011: 15).

Lo real y lo posible, lo que es familiar y lo probable son aquí interrogados sobre un *sensorium* común, los procesos de precarización de la vida. En vistas de dar cuenta de esta deriva genocida que habita en los procesos de precarización, algunas de las operaciones que este material realiza sobre el teatro de la violencia patriarcal implican un vínculo con la representación de lo real y de lo familiar al que ensombrecen y amenazan. De uno u otro modo pero con tonos propios, la obra de Bolaño recrea e invierte lo real pero no escapa a su esfera, lo que es decir, existe una relación simbiótica o parasitaria, de una relacionalidad mimética pero también de fagocitación con los códigos de representación realista. Antes que el dogma de un conjunto invariable de procedimientos o de características formales reconocibles, el código realista se define aquí según los "propios paradigmas que cada literatura crea o según lo inventa, cada vez, un escritor" (Contreras, 2013: 7).

Muchos de los rasgos semánticos y estructurales de la narrativa de Bolaño son principios miméticos –que presentan objetivamente un estado de las cosas o apelan a una representación fiel y adecuada– pero que luego cambian a otro recurso. Contra un tipo de registro simbólico, representativo y verosímil que recurre al intimismo, a la autorreferencialidad psicológica y a la descripción transparente, o que apela también a la confianza (más o menos ingenua) en el vínculo entre signo y referente; contra ese código realista al que se oponen pero que tampoco pueden dejar de citar e invocar, "La parte de los crímenes" combina elementos formales y estructuras narrativas en las que tiene lugar una irrupción de lo inadmisibles –o la inscripción de otro significado– dentro de la legalidad de lo corriente o dentro de una prosa llana e informativa, directa y ostensiva. En esta dialéctica infinita y recursiva de aquello que no puede ser pero no obstante es, el texto de Bolaño expone las definiciones de una cultura sobre la violencia genocida o en otros

términos, intenta delimitar los límites de su marco ontológico y epistemológico.

En esta obra, el elemento de significación otra, de aquello que no puede ser o simplemente de aquello inadmisibile se lee como una proyección de miedos y deseos, de complejos e imaginarios reprimidos a través de su percepción subjetiva. "La parte de los crímenes" introduce lo siniestro y lo extraño pero difiere de aquello que constituye una economía de lo sobrenatural (Jackson, 1986: 21) y de los gestos de experimentación vanguardista: el recurso a lo maravilloso o mágico (espectros, zombies, muertos vivientes, mutantes, ángeles o demonios), los principios trascendentales (el inframundo, el submundo, los mundos imaginarios o los universos futuros), la estrategia de producir discontinuidad y fragmentación, la ilegibilidad entendida como vacío representacional, el espacio de lo onírico, el trabajo con la percepción, el sin-sentido o el fluir del inconsciente. En "La parte de los crímenes" de lo que se trata es de los efectos que se producen a partir de la representación de lo real, de la extrañeza a nivel de lo familiar, de los miedos internalizados y de la vivencia subjetiva del sujeto. Efecto ominoso y extraño de estos textos, se interpela al lector a considerar los acontecimientos evocados como un estado no alegórico de cosas reales y al mismo tiempo, producen vacilación e indistinción entre una explicación natural o sobrenatural de los mismos o en otros términos, producen un desdibujamiento del límite entre lo real y lo ficticio. La serie de textos de Bolaño logra, pues, que el lector no pueda llegar a una versión definitiva de la verdad porque todo recuento preciso de acontecimientos, toda interpretación confiable se aleja en la distancia o mejor aún, toda versión resulta ser una verdad equívoca.

En "La parte de los crímenes" de Roberto Bolaño se describe un paisaje social asediado por una visibilidad hiperbólica de la muerte y ese es su punto de partida formal y narrativo: "las palabras desafectadas y anestésicas con que se contabilizan los cadáveres" (Rodríguez, 2014a: 106). Más cercano al informe forense, el texto de Bolaño construye una crónica policial que hace de la muerte una herramienta de la ficción. Las series infinitas y el peso de la estadística, el recuento maquínico y los detalles precisos conjugan un manierismo del cadáver que no obstante evita caer en el esteticismo del crimen. Carne desmembrada, cadáveres por todos lados y la repetición compulsiva de las formas de morir, así y todo Bolaño no estiliza los asesinatos como objetos artísticos (Rodríguez, 2014a: 106). Antes bien, lo que se muestra en el cadáver, en la gestión de los

modos de hacer morir, es un estado de indeterminación en las causas de los mismos. Sean crímenes ocurridos en el orden doméstico, ejecutados por parientes próximos, o sean llevados a cabo por sujetos impersonales y anónimos (más cercano al crimen organizado, el tercer estado o el narcoestado), en cualquier caso se vuelven indistinguibles. Bolaño trabaja, en este sentido, sobre la superficie visible del genocidio que no pretende ocultar nada ni esconder mecanismo alguno, enigma que descubrir o representaciones que interpretar. Marcado por la imaginación biopolítica, y agreguemos, la deriva genocida que habita en estos paisajes de precarización generalizada de la vida, la narrativa de “La parte de los crímenes” en cuanto efecto realista puede pasar desapercibida por demasiado obvia y evidente porque, precisamente, no pretende ocultar ni esconder nada, todo está expuesto en la superficie textual, las muertas y sus cadáveres, los restos y sus marcas.

Algo de la escala y la magnitud de la muerte se muestra en el registro de una lengua que resulta desbordada continuamente, al igual que la investigación policial que no conduce a ningún lado porque se ve excedida por nuevos casos. Pareciera que el registro ficcional no pudiera dar cuenta de esa escala desmesurada, de ese grado de sistematicidad en el asesinato, de esa magnitud sostenida en el genocidio de mujeres. La operación narrativa que realiza “La parte de los crímenes” es la de marcar el límite que tiene la representación mimética realista pero sin recurrir a procedimientos de vanguardia – la desarticulación del lenguaje o la ilegibilidad como programa estético– porque se propone otro modo de mostrar. De allí que se enumeran listas infinitas, las muertes se encadenan sin solución de continuidad, los detalles y la microscopía de la mirada puesta en los cadáveres, en los modos precisos y particulares en que ocurre cada muerte pero este registro, justamente, pareciera que no logra develar nada, puesto que no hay testimonio que valga para abarcar ese exceso ominoso de violencia. Así, en vez de negar la capacidad del lenguaje para nombrar, la narrativa de Bolaño señala el límite simbólico mediante un “corte inverosímil pero sigue avanzando en la construcción de un lenguaje ostensivo” (Horne, 2011: 22). O en todo caso, el lenguaje de Bolaño trata de una voluntad narrativa que parte de un *desajuste constitutivo* entre un conjunto de dispositivos, estrategias y procedimientos estéticos y la materia de la vida que se encarga de representar. Sin dejar de señalar una y otra vez que hay algo de la dimensión de la violencia que no se puede decir y que de

un modo despiadado el lenguaje resulta insuficiente, la escritura de Bolaño sigue avanzando.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, GIORGIO. *Homo sacer III. Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Madrid: Editora nacional, 2012.
- AHMED, SARA. *The cultural politics of emotion*. EEUU: Edinburg University Press,
- BOLAÑO, ROBERTO. *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama, 1998
- . *Amuleto*. Barcelona: Anagrama, 1999
- . *2666*. Barcelona: Anagrama, 2014.
- BURGOS, CARLOS. "Roberto Bolaño, la violencia, el mal, la memoria". *Nuevo texto crítico*, vol. 22, núm. 43-44, 2009, pp.: 123-144.
- CONTRERAS, SANDRA. *Realismos, cuestiones críticas*. Rosario: Centro de Estudios de Literatura Argentina y Humanidades y Artes Ediciones, 2013.
- ESPÓSITO, ROBERTO. *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*. Buenos Aires: Amorrortu, 2009.
- FOUCAULT, MICHEL "Clase del 1º de Febrero de 1978", *Seguridad, territorio, población. Curso en el college de France 1977-1978*. Trad. Horacio Pons, edición 2006. Buenos Aires: FCE, 1978.
- GIORGI, GABRIEL. *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, SERGIO. *Huesos en el desierto*. México: Anagrama, 2002.
- JACKSON, ROSEMARY. *Fantasy: literatura y subversión*. Buenos Aires: Catálogos, 1986
- HARRISON, POGUE ROBERT. *The dominion of the dead*. Chicago: The University of Chicago Press, 2003.
- HORNE, LUZ. *Literaturas reales. Transformaciones del realismo en la narrativa latinoamericana contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2011.
- LAINCK, ARNDT. *Las figuras del mal en "2666" de Roberto Bolaño*. LIT: Berlín, 2014
- LOREY, ISABELL. *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de sueños, 2016.
- LUJAN CHRISTIANSEN, MARÍA. "La insoportable levedad del discurso. Timos epistemológicos en la construcción mediática de la narco violencia", *Mitologías Hoy, Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos*, vol. 14, Diciembre de 2016, pp. 25-40. Versión on line:

- <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v14-christiansen/348-pdf-es>
- MANZONI, CECILIA. *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*. Buenos Aires: Corregidor, 2002
- MORINI, CRISTINA. *Por amor o a la fuerza. Feminización del trabajo y biopolítica del cuerpo*. Traducción: Joan Miquel Gual Bergas. Madrid: Traficantes de sueños, 2014.
- MBEMBE, ACHILLE. "Necropolitics". En *Public Culture*, vol. 15, núm. 1, Winter 2003, pp. 11-40 (Article). Versión on line: https://warwick.ac.uk/fac/arts/english/currentstudents/postgraduate/masters/modules/postcol_theory/mbembe_22necropolitics22.pdf (consultado 29/4/19)
- MBEMBE, ACHILLE. *Necropolítica*. España: Melusina, 2011.
- PÉREZ OROZCO, AMAIA. *Subversión feminista de la economía*. Madrid: Traficante de Sueños, 2014.
- RODRÍGUEZ, FERMÍN A. "El trabajo del miedo: sobre 2666 de Roberto Bolaño", *Taller de Letras*, núm. 55, 99-110. Facultad de Letras, Pontificia Universidad de Chile, 2014^a.
- . "Fear, subjectivity, and capital: Sergio Chejfec's The Dark and Roberto Bolaño's 2666". En *Parallax*, 2014, 345-359, 2014b. Versión online: <http://dx.doi.org/10.1080/13534645.2014.957550> (consultado 29/4/19)
- SAYAK, VALENCIA TRIANA. *Capitalismo Gore*. España: Melusina, 2010.
- SEDGWICK, EVE. *Touching feeling. Affect, Pedagogy, Performativity*. Durham & London: Duke, 2003. Versión en castellano
- . *Tocar la fibra. Afecto, pedagogía, performatividad*. Madrid: Ed. Al puerto, 2018.
- SEGATO, RITA LAURA. *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Buenos Aires: Tinta y Limón, 2013.
- . *¿Que es un feminicidio? notas para un debate emergente*. Brasilia: Serie Antropología / Universidade de Brasilia. Departamento de Antropología, 2006.
- SPERANZA, GRACIELA. *Atlas portátil de América Latina. Arte y ficciones errantes*. Buenos Aires: Anagrama, 2012.